

ME HAS SEDUCIDO, SEÑOR

ME HAS SEDUCIDO, SEÑOR



Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste, me pudiste. La palabra de Dios se me volvió escarnio y burla constantes, y me dije: No me acordaré de Él. Pero sentía la palabra dentro como fuego ardiente encerrado en los huesos. (Jr 20, 7-9)

Esta tarde has dejado todo el stres de la semana aparcado. Estás solo/a en casa ¿sólo? Sientes la invitación de entrar dentro de ti. De sentir al que te habita. A quien te espera cada día. Quien no te

deja. ¿le sientes?

- Señor no soy nada

¿por qué me has llamado?

Has pasado por mi puerta y bien sabes

que soy pobre y soy débil.

¿Por qué te has fijado en mí?

ME HAS SEDUCIDO SEÑOR CON TU MIRADA

ME HAS HABLADO AL CORAZON

Y ME HAS QUERIDO.

ES IMPOSIBLE CONOCERTE Y NO AMARTE.

ES IMPOSIBLE AMARTE Y NO SEGUIRTE

¡ME HAS SEDUCIDO SEÑOR!

- Señor yo te sigo

y quiero darte que pides

aunque hay veces que me cuesta darlo todo.

Tú lo sabes yo soy tuyo.

Camina Señor junto a mí.

- Señor hoy tu nombre

es más que una palabra.

es tu voz hoy resuena en mi interior

y me habla en el silencio.

Qué quieres que haga por Ti?



Señor, yo no soy nada,



vivo en la nada, quiero encontrarme en mi nada,
deseo verte en mi nada.

Con toda humildad, deseo preguntarte:

¿Por qué me has llamado?...

Has pasado por la puerta de mi casa.
Has visto que soy pobre, débil y frágil.

¿Por qué te has fijado en mí?...

Me has seducido, Señor, con tu mirada.

Me has hablado al corazón y me has querido.

Aquí estoy, solo y pobre ante ti.
En silencio de alma e intentando
acallar los ruidos de la vida.

Siento plenamente mi pobreza y mi pequeñez.
Siento también una insaciable nostalgia de ti...

Me acojo al amparo de tu misericordia.

Es imposible conocerte y no amarte.

Es imposible amarte y no seguirte.

Es imposible seguirte
y no llegar contigo hasta el final.
Es imposible acompañarte hasta el final
y no desear ser una sola cosa en ti.

Me has seducido, Señor.

Quiero andar tras tus huellas.
Aquí estoy, solo y pobre ante ti.
Aquí estoy a la sombra de tus alas.
Acogido en tu misericordia.

Me has seducido, Señor.
Yo te sigo, y quiero darte lo que pides.

Sabes bien que soy débil y pobre,
y aun así... me cuesta darlo todo...
darme del todo...
dejarme amar por ti...
dejarme seducir por tu amor.
Aquí estoy, solo, pobre y descalzo ante ti,
esperando ser acogido por tu misericordia,
en silencio,
ante tu presencia de amor.

Camina, Señor, junto a mí.

Sin ti nada puedo.
Quiero ser tuyo, Señor.
Tu nombre, tu voz, tu llamada,
resuena en mi interior,
y me habla en el silencio.
Tu Palabra me quema el alma,
la llevo grabada a fuego,
no puedo contenerla;
tampoco quiero.
No quiero negarte, Señor.
Tu palabra es y será la lámpara de mis pies
y la luz de mi camino.
¿Qué puedo hacer por ti
que no sea dejarme amar sin fin?...
Aquí estoy, solo, pobre y descalzo ante ti.
¡Tú eres mi vida, Señor...!



¿Te preguntas qué haces aquí? ¿Busca algo con qué “entretenerte”? ¿Algún motivo para escapar?

Pero no, te quedas. ¿Dónde te llevará este encuentro? Date, regálate, este momento

Te vas remansando en el silencio y en la paz del encuentro.

Es el momento de preguntarte: ¿Pero, qué hago aquí?

Estás en su presencia. Estás en sus manos de Padre,

Has entrado en el taller del alfarero, amasa una vasija, eres tú; si te dejas en sus manos él hará su obra más perfecta, te modelará de acuerdo a su plan de amor.

No tengas miedo. No te excuses. No pienses que esto no es para ti.

Ni se te ocurra decir que tú estás llamado a otro camino en la Iglesia, que tú no eres ni cartujo, ni monje, que a ti no te va el desierto, que tú estás para trabajar y para servir al Señor en la vida.



¿Qué haces aquí? ¿Qué sentido tiene que a ti, habitualmente enfrascado en los quehaceres de la vida, se te pida ahora entrar en esta experiencia de soledad y de silencio?

Tú eres apóstol, tu vida está en la actividad, en el servicio, en la entrega diaria, en el trabajo concreto y comprometido de la vida de cada día. Ese es tu mundo. Pero en lo más profundo de tu alma ha germinado una nostalgia que te empuja.

Hoy sientes que necesitas una pausa, un remanso de paz, reencontrarte con Él y con el sentido de su llamada.

Tú quieres seguir sus huellas en la vida y estás aquí, en el desierto, en esta ruta ardua y difícil, llena de silencio, soledad y pobreza.

Mira, el apóstol ha de ser testigo. Si quieres conocerle, ser su testigo, tienes que convivir con Él. Vendrás al silencio si quieres escuchar su palabra para transmitirla. Te llenarás de Él si quieres abandonarte en las manos del Padre. Experimentarás la fuerza de su resurrección.

Por eso le buscas en el silencio. Por eso siente estos deseos dentro de ti. Esperas vivirlo en la soledad. Atento a su palabra y a su vida, a la escucha de sus pasos.

Abandónate en las manos del Padre. Sigue tras las huellas del Señor Jesús. Abre la puerta de tu alma al viento impetuoso del Espíritu. Entra en el corazón de la Trinidad.

Disfruta al hacer consciente la presencia del Señor en ti. Ora intensamente ante su presencia. Acoge las implicaciones del don de su llamada.

Si Él te ha llamado es que te conoce a ti en tu fragilidad y te ama.

Si Él te ha llamado es porque te ha elegido.

Si Él te ha llamado es porque se compromete a acompañarte.

Estás caminando por el desierto. Sí, el desierto es duro, es bello, pero es duro. Necesitas un mapa, una hoja de ruta. Te ofrezco unas pautas para tu oración:

Reencuéntrate en el silencio.

Sítuate en la presencia del Señor.

Remansa tu alma y tu vida ante Él; mira que Él siempre está y te espera.

Repite ante Él suavemente: «Me has seducido, Señor».

Recuerda la historia de tu llamada:

cómo le conociste,

cómo empezaste a comunicarte con Él,

cuándo experimentaste que te miraba, que te amaba y que te llamaba.

Revive los primeros pasos de tu vida con Él.

Renueva tu respuesta inicial, el amor primero, y tu profunda convicción.

Es imposible conocerte, Señor, y no amarte. Es imposible amarte y no seguirte.

Es imposible seguirte y no desear llegar contigo hasta el final.

Es imposible acompañarte hasta el final y no desear ser una sola cosa en ti.

Por eso estás aquí: Te ha llamado y quieres ser su testigo en la vida. Quieres conocerle y amarle. Por eso aceptas la invitación al desierto, donde Él, te habla al corazón y te conmueve.

(Adaptado de "Mi única nostalgia", Ed. NARCEA)